



La novela española

Estudio histórico-filosófico desde
su nacimiento a nuestros días

Abdón de Paz

I. DEL ORÍGEN DE LA NOVELA.

La cosmogonía de todos los pueblos supone, con prelación al reinado de los hombres, el de los héroes, y anterior á éste el imperio sin igual de los dioses.

Destello del Sér que la creó, prefiere espontáneamente nuestra alma á lo temporal lo eterno, á lo finito lo infinito, á la prosa la poesía, y á las escenas del mundo en que morimos, las de otro más perfecto, sobrenatural, en no pocas ocasiones ilusorio, quimérico, fantástico.

Tal es el origen de las obras de imaginacion, y en particular el de las que conocemos con el sobrenombre de novelas.

Remontémonos á los primitivos días del hombre, fijémonos en su cuna, en las regiones del Oriente, y con los ojos del espíritu veremos cómo el asirio, el persa, el indio, el árabe, iluminados por la sonrisa de la luna de una tranquila noche de estío, tendidos sobre pieles á las puertas de sus cabañas y rodeados de los objetos de su corazón, de sus mujeres y sus hijos, refieren una fábula, un cuento, una parábola, un apólogo ó los acaecimientos de alguna leyenda, cuyo recuerdo, superior en interes á los de las Mil y una noches, legó la tradición á la historia, y la historia nos há más ó menos fielmente trasmitido.

En el trascurso del tiempo, el comercio y las guerras llevaron de un lado á otro la civilizacion asiática, de Persia á Egipto, de Egipto á Grecia, de Grecia á Roma y de Roma á los demás pueblos latinos Y, á imitacion de los primitivos fabulistas de Oriente, lloraron los hijos de Nembrod la pérdida de su querida Babilonia; admiraron los descendientes de Abraham las maravillas de la corte de los Faraones; celebraron los

Griegos los trabajos de Hércules y las hazañas de Teseo; y hasta la altiva Roma, refractaria por educación y temperamento á las aventuras noveleras, hubo de poner en prensa el ingenio de sus cónsules para distraer á sus matronas con historias como Las Menipeas de Petronio, dignas de la nacion que habia venido al mundo, gracias al robo tradicional de las Sabinas.

Los Bárbaros del Norte, á quienes pasó la civilizacion romana, sencillos por naturaleza, austeros por instinto, mayormente guerreros que poetas, no dieron un solo paso en el campo de las concepciones imaginativas.

Pero llegó el siglo VII.

Y un pueblo jóven, vigoroso, salido de los vergeles de la Arabia, fanatizado por un hombre que ofrecía á los que muriesen en su defensa siete cielos de deleites incomparables, siete cielos llenos de luz, de vida, de alegría, de músicas sonoras, de perfumes embriagadores y mujeres sin cuento, tan hermosas que bastaba una de sus miradas para iluminar la tierra en la noche más tenebrosa; envió sus naves á Constantinopla y sus corceles contra Egipto.

Dueño de éste y de toda la costa septentrional de aquel continente, desde el Atlántico al Mar Rojo, bien pronto se apoderó del eden de sus ensueños, de España.

Y miéntras la cultura de Aténas y Roma comenzó á extenderse por Italia, la del califato de Córdoba, que aventajó á la de Damasco, traspuso el Pirineo para inspirar la imaginación de los trovadores de la Galia Gótica ó Provenza, entregados á la poesía y los placeres, miéntras nosotros apénas teníamos tiempo para luchar contra el poder de nuestros dominadores africanos.

II.

DE LOS LIBROS DE CABALLERÍA.

Las encarnizadas campañas del derrotado por nuestros abuelos en el paso de Roncesvalles, dieron á Francia una gloria militar, la corona del antiguo imperio de Occidente con todas las tierras comprendidas —exceptuando el patrimonio de la Iglesia— desde el Ebro al Oder, y una gloria literaria, los libros de caballería.

El relato de las hazañas de los valerosos soldados carlovingios, ante cuyas armas habían inclinado la frente lombardos, musulimes y sajones, y bajo los piés de cuyos corceles habia temblado Europa entera, resonó en los oídos de un pueblo como el pueblo francés del siglo IX, jóven, entusiasta, creyente, ayer dividido y dominado, hoy unido y dominador, y en tal concepto orgulloso cual ninguno otro de sus victorias y conquistas; resonó, digo, como el relato de una cosa sobrenatural, maravillosa, como el relato de las hazañas de los antiguos héroes de Roma, de los semidioses de la mitología.

Guardó con cariño la tradición los nombres de tan denodados campeones, y, encargada de referir de boca en boca sus hechos, adornándolos con las galas de una imaginacion vírgen, exuberante, inspiró un día —al concluir el siglo X y comenzar la dinastías de los Capetos— la mente de los poetas galos, del arzobispo Turpin, que narró con asombro, á imitacion de los trovadores de Normandía, la Historia de Carlo-Magno y de sus Doce Pares.

Traspuso esta historia el Pirineo, de igual modo que anteriormente le habia traspuesto la de El Rey Artús y los Caballeros de la Tabla Redonda, de origen británico; y, como todo suele tener imitadores en el mundo, túvole el nuevo género en el portugués Vasco de Lobeyra, quien á fines del siglo XIV inauguró con su Amadis de Gaula en nuestra Península la escuela de semejante literatura.

Igualmente que en Inglaterra y Francia, escribiéronse en España centenares de volúmenes, á cual más disparatados y estupendos, consiguiendo aquí como allí sus

páginas trastornar no pocos cerebros de hombres soñadores é ilusos, los cuales, sin que nadie les impusiera tal penitencia, metiéronse motu proprio á redentores del género humano, á desfacer entuertos, amparar doncellas y defender á desvalidos.

Lógico era que los panegiristas de la andante caballería corrompieran con sus malhadadas lucubraciones el gusto del público, no de otro modo que hoy le están corrompiendo, por desgracia, más de dos y tres prosistas y poetas.

Y así sucedió, llegando á tal extremo el abuso, que impidieron el desarrollo de otra clase de novelas; á lo cual alude Cervantes, lamentándose, y con razon, de que á principios del siglo XVII apénas hubiese una obra de aquellas digna de ser leída.

III.

DE LA NOVELA PASTORIL Y DE LA HISTÓRICA.

La toma de Granada, y más tarde las conquistas del emperador Carlos V y las relaciones con Italia, entónces la nación más culta del continente, abrieron nuevos espacios á la imaginacion de los novelistas iberos.

El frenesí con que hácia el año 1504 fué acogida entre los italianos la Arcadia del napolitano Sannázaro, trasmitióse á nuestra Península.

Y las tranquilas escenas de la novela pastoril, en contraposición á las de D.

Belianis, Palmerin de Inglaterra y Tirante el Blanco, á la vez que cautivaron indeciblemente el ánimo de nuestro público, despertaron el ingenio de los escritores nacionales.

Jorge de Montemayor, portugués como lo habia sido tambien el autor del Amadis de Gaula, fué el primero que se propuso seguir la nueva escuela, dando á luz en Valencia en 1542 su Diana enamorada, obra correctamente escrita en verso y prosa, y que obtuvo un éxito tan extraordinario que en poco más de medio siglo se reimprimió diez y seis veces, siendo traducida además una al inglés, dos al alemán y seis á la lengua francesa, en cuya nacion la imitó servilmente Honorato Durfé en su drama pastoril Sireno.

En el interes de la ficcion y en los caracteres de los personajes, la Diana de Montemayor aventajó á la Arcadia de Sannázaro, por lo cual mereció con justicia ser tenida por el mejor modelo de imitacion de la novela pastoril en Europa.

En 1564, miéntras un tal Alonso Perez, médico residente en Salamanca, se atrevia á presentar al público una segunda parte de esta obra, que por su falta de mérito pasó ignorada y yace hoy en los cricones del olvido, Gaspar Gil Polo, caballero de Valencia y catedrático de griego de aquella Universidad, publicaba otra continuacion, de cortas dimensiones, pero escrita con ingenio, en buenos versos y mejor prosa, y que fué acogida con aplauso.

Desde entónces la moda literaria consistió en escribir novelas pastoriles, sobresaliendo sucesivamente entre ellas: en 1582 El Pastor de Filida de Luis Gálvez de Montalvo, nacido en Guadalajara y empleado en casa del duque del Infantado; en 1584 la Galatea, primera obra que dio á luz Miguel de Cervantes, inspirada por el amor de Catalina de Palacios, tan noble y pobre como él y con quien se casó posteriormente; en 1598 la Arcadia de Lope de Vega; en 1608 El Siglo de Oro del sacerdote Bernardo de Balbuena, hijo de Valdepeñas; y en 1609 el Constante Amarilis del jurisconsulto Cristóbal de Figueroa, natural de Valladolid.

En vista de tal entusiasmo, que preocupaba todos los corazones é inspiraba todas las inteligencias, no es de extrañar que la novela histórica, que habia presentado á Europa el escritor murciano Gines Perez de Hita con sus Guerras civiles de Granada hácia el año 1590, más de dos siglos ántes de que Walter Scott la diera á conocer en Escocia, apénas tuviese imitadores entre nosotros, si se exceptúan la Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro, del vizcaíno Francisco Loubayssin, dada á la estampa en 1617, El caballero

venturoso del cordobes Juan Valladares, que aunque preparado para la imprenta en aquel mismo año no llegó á publicarse, y Los Reyes nuevos de Toledo, que aparecieron en 1667, escritos por Cristóbal Lozano, capellan, como D. Pedro Calderon, de la insigne Metropolitana.

IV.

DE LA NOVELA PICARESCA Ó SATÍRICA Y DEL QUIJOTE.

Como todo lo que no es verdadero ha de ser fatalmente transitorio, fué la novela pastoril, cuya influencia, aunque no tanta cual en Italia y particularmente en nuestra Península, dejóse sentir además en otras naciones, según lo demuestran la Astrea de Duffé en Francia y la Arcadia de Felipe Sydney en Inglaterra.

Aquellos pastores sabiondos, cuyo lenguaje campanudo dejaba atrás al del más pedante retórico; aquellas zagalas hermosísimas, cuyos perfumes excedían en calidad y número á los de la dama más encopetada; aquellas chozas siempre encantadoras; aquellos campos siempre floridos; aquellos amores tan platónicos y aquellas escenas tan ridículas; sólo podían existir en la mente de soñadores inocentes, de poetas todo corazón, de novelistas inexpertos.

Comprendiólo así cierto jóven, estudiante en la Universidad de Salamanca, á la sazón una de las primeras de Europa, y al contemplar el espectáculo que presentaba la España de su tiempo, la España del siglo XVI, víctima de las preocupaciones de la nobleza, del fanatismo religioso y de la rapacidad de los flamencos, desde la catástrofe de Villalar cada día más insolentes y orgullosos; se convenció de que era preciso variar de rumbo, de que era necesario valerse del arma de una ingeniosa sátira para censurar tales desórdenes y vicios, máxime cuando por los años de 1540, describiendo escenas de la vida doméstica en el Diálogo entre él y su pluma y en los discursos acerca de La vida de Corte y las Condiciones de las mujeres, habíale ya mostrado el camino Cristóbal de Castillejo, natural de Ciudad-Real, secretario que fué del infante D. Fernando, hermano del emperador Cárlos V, y monje, por último, del convento cisterciense de San Martin de Valdeiglesias, donde murió en 1596.

De este modo, cuando en Francia la presentia únicamente Rabelais, apareció entre nosotros en 1553 con El Lazarillo de Tormes de Diego Hurtado de Mendoza, escritor correcto y elegante, hijo de una ilustre familia de Granada, la novela satírica, llamada también picaresca, porque su principal objeto consistió en retratar las costumbres y modo de vivir de la gente soez y perdida.

Aunque esta clase de novela nació en España casi al mismo tiempo que la pastoril, la preponderancia de la una impidió el desarrollo de la otra.

Sólo así se explica el que, á pesar de ser acogido el Lazarillo con muestras de singular entusiasmo, prefirieran los novelistas seguir invocando el callado de los pastores á combatir las extravagancias de la época. A lo cual opúsose igualmente no poco por un lado la censura de la Inquisición y por otro el valimiento de aquellos cuyas miserias hablan de ser retratadas en el espejo del ridículo.

Por fin en 1599 salió á luz la primera parte, y en 1605 la segunda, del Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán, sevillano y recaudador que habia sido de contribuciones, obra escrita con gran ingenio, inspirada en la de Mendoza, pero cuyo campo era más dilatado, cuya tendencia más descubierta y cuyo conjunto más acabado y perfecto; circunstancias que la valieron magnífica acogida dentro y fuera de España, siendo traducida al frances, al italiano, al portugués, al inglés, al holandés y al latin.

El mismo año en que se imprimía la segunda parte del Guzman aparecía la primera del libro más inmortal que produjo jamás la fantasía.

Ni la Araucana de Ercilla, ni el Bernardo de Balbuena, ni la Austriada de Rufo, ni el Monserrat de Virués, ni la Jerusalem de Lope, aventajan, ni se igualan siquiera á la Iliada de Homero, á la Eneida de Virgilio, á la Jerusalem del Tasso, á las Luisiadas de Camoens ó al Paraíso de Milton; pero ni por cada una de estas epopeyas, ni por todas juntas cambiarla yo la página más insignificante del Quijote, de la obra de las obras del primer ingenio del mundo.

Nacido en Alcalá de Henares el 8 de Octubre de 1547 de una familia tan pobre como virtuosa, arrojado por la miseria en brazos de la suerte, paje, ayuda de cámara, soldado, herido en Lepanto, prisionero en Argel, acusado de estafador, apedreado por los manchegos, cuyas gabelas había ido á cobrar, escritor para no morir de hambre, filósofo de un pueblo que ni le comprendía ni le apreciaba, objeto de la difamación y del escarnio de los envidiosos que por todas partes le mordían, de unos hombres por cuyas venas en lugar de sangre corría hiel y que cuando ménos le llamaban necio ó mentecato, solitario en su desgracia y siempre iluminado por la célica antorcha de la fé en la soledad y en la pobreza; Miguel de Cervantes se lanza á escribir su libro con el entusiasmo de la juventud cuando la nieve de los años comienza á blanquear su cabeza, y le escribe, no tanto para echar por tierra los de la antigua andante caballería, cuya perniciosa influencia dejábase sentir aún, cuanto por resolver los primeros problemas sociales de la época y combatir con la espada de una sátira cual ninguna otra ingeniosa, rancias preocupaciones y vicios, á los cuales de otro modo hubiera sido imposible atreverse, efecto de la despótica censura del tribunal más feroz, del llamado sarcásticamente sin duda Santo Oficio.

Diez años después salió de las prensas la segunda parte del Quijote, superior si cabe á la primera; y Cervantes, para que en todo fuese desgraciado, murió á los pocos meses, el 23 de Abril de 1616, sin sospechar siquiera que si su Pérsiles, la novela que con mayor predilección había escrito y que dio á la estampa su viuda al año siguiente, era su concepción más extravagante, su Ingenioso Hidalgo debía de ocupar el puesto más preclaro en la literatura clásica del mundo.

Aunque tuvo el gran novelista algunos imitadores, todos cayeron como Ícaro desde el cielo de la vanidad al mar del olvido, derretidas las alas por aquel sol radiante, cuya producción, asombro posteriormente de los Walter-Scott, Voltaire y Rousseau y de cuantos talentos han existido, é impresa y traducida en miles de ediciones á todas las lenguas, una vez en latín, otra en vascongado, dos en catalán, otras dos en rumano, cuatro en ruso, cuatro en griego, seis en dinamarqués, ocho en polaco, trece en sueco, setenta en alemán, ochenta y una en portugués, noventa y seis en italiano, ciento sesenta y nueve en francés, trescientas y una en inglés y cuatrocientas diez y siete en castellano, ha sido hasta el presente inimitable.

No así las obras de Hurtado de Mendoza y Aleman, cuyo género además de pasar al teatro, impulsó á otro ramo de la literatura, á los cuentos ó novelas de cortas dimensiones, que inauguró en España á mediados del siglo XIII con su Conde Lucanor el infante D. Juan Manuel, pariente del rey Alfonso el Sabio.

En 1618 apareció El Escudero Márquez de Obregon de Vicente Espinel, natural de Ronda, estudiante en Salamanca, soldado en Flándes y capellán por último en su ciudad natal, poeta que inventó en la métrica castellana la décima ó espinela, músico que aumentó la quinta ó sexta cuerda á la guitarra, y novelista que, inspirándose en El Lazarillo y en El Guzmán de Alfarache, sino fué tan puro y correcto como Mendoza y Aleman, les aventajó en los efectos dramáticos y en la riqueza de la trama.

Pocos años trascurridos, el médico segoviano Jerónimo Yáñez Rivera se mostró con gran fortuna en público con su Mozo de muchos amos, escrito en diálogo desde la primera a la última página; en 1627 Quevedo presentó su Gran Tacaño y en 1632

Castillo Solórzano su Niña de los embustes, cuya continuación obtuvo gran popularidad en 1634 con el título de La Garduña de Sevilla.

La novela satírica, la genuinamente española, siguió mereciendo entre nosotros universales simpatías hasta fines del siglo XVII.

y, después de haber dado á Europa con las aventuras de Don

Quijote de la Mancha la primer novela del mundo, traspuso el Pirineo para inspirar á Lesage el Gil Blas de Santillana, el más precioso mosaico francés que ha podido formar jamás con perlas españolas la imaginación de un novelista.

V.

DE LOS CUENTOS Y NOVELAS DE CORTAS DIMENSIONES Y DE LA NOVELA FANTÁSTICO-CRÍTICA.

Digimos arriba que á mediados del siglo XIII el infante D. Juan Manuel había inaugurado en España con su Conde Lucanor el género de los cuentos ó novelas de cortas dimensiones.

Nacido en Escalona (Toledo) en 1282, nieto de Fernando III el Santo, el infante D. Juan Manuel fué el primero que, inspirándose en las fábulas arábicas, y particularmente en las aventuras del Caballero del Cisne, que su pariente Alfonso X había dado á conocer en La Gran Conquista de Ultramar, se lanzó á escribir, en lengua vulgar y de propia cosecha, historias como las que á la sazón 1348) aparecían en Italia con el licencioso Decameron de Juan Boccaccio ó colección de cien novelas, nombre hasta entónces desconocido.

El Conde Lucanor, compuesto de cincuenta cuentos ó apólogos, era por extremo moral é instructivo y estaba escrito de una manera propiamente española, grave al mismo tiempo que sencilla; razón por la cual, por carecer de la exuberante pompa de los orientistas, que tan bien habían reflejado en sus páginas los libros de caballería, entónces en boga, vivió dos siglos ignorado, hasta que Argote de Molina le imprimió en 1575.

Nueve años ántes, Juan de Timoneda, librero de Valencia, hombre de ingenio, aunque de escasa instrucción, inspirándose unas veces en autores italianos, otras en asuntos nacionales, de moralidad ó de carácter caballeresco, había impreso en aquella ciudad su Patrañuelo ó colección de veintidos cuentos; y, como obtuviera no escasa aceptación, movió á ejercitar sus dotes en el nuevo campo de la patria literatura á los ingenios más renombrados.

En 1605 Cervantes dió á luz en el Quijote algunos de estos cuentos y ocho años más tarde una colección de ellos, sus Novelas ejemplares, notables por la originalidad de su invención y las galas de su lenguaje.

Siguieron otras colecciones por el estilo, distinguiéndose entre todos los autores Salas Barbadillo, nacido en Madrid en 1580 y muerto en 1630, quien publicó hasta veinte obras distintas de esta clase, ofreciendo al público en 1612 La ingeniosa Elena ó historia de una prostituta y su trágico fin en un patíbulo; en 1620 El Caballero perfecto, en la que presenta á la juventud un modelo digno de imitación; y en 1623 Don Diego de Noche, en la cual se leen las aventuras de una novela de amores de nuestros días.

La aceptación de las obras de Barbadillo indujo á muchos á imitarlas.

En 1609 Antonio de Eslava imprimió sus Novelas de invierno; en 1620 Diego de Agreda expuso sus doce Novelas morales y Liñan su Guia de forasteros en la Corte; en 1621 Lope de Vega agregó un cuento á su Filomena y poco después tres á su Circe; en 1622 aparecieron las Clavellinas de recreación de Salazar y las Novelas de Francisco de Lugo; en 1623 las Novelas amorosas de José Camerino; en 1624 Los Cigarrales de

Toledo de Tirso de Molina y ocho Novelas coleccionadas de Juan Perez de Montalban; en 1628 las Historias peregrinas de Gonzalo de Céspedes; en 1632 las Auroras de Diana de Pedro de Castro y Anaya; en 1636 El León prodigioso, compuesto de cincuenta y cuatro apólogos, los cuales, unidos unos á otros, forman una historia completa; en 1638 las Novelas entretenidas de Mariana de Carvajal y las Soledades de Aurelia de Jerónimo Fernandez Mata, fábula insulsa, cansada, pero que inaugura el género de la novela religiosa, que luego no dejó de tener imitadores; en 1641 La Mogiganga del gusto de Andrés del Castillo; y desde 1637 á 1647 las Novelas y Saraos de María de Zayas, cada una de cuyas colecciones contiene diez cuentos.

Por entónces estuvo de moda, hija de la picaresca ó satírica, la novela fantástico-crítica, inaugurada en el siglo XVI con El Criticón de Baltasar Gracián, continuada con los Sueños de Quevedo y elevada á su mayor altura en 1641 con El Diablo Cojuelo del ecijano Luis Vélez de Guevara; pero cuyo género, en el que se distinguió Francisco Santos, autor del libro Dia y noche de Madrid, de El viejo y el difunto, El Diablo anda suelto, Los Gigantones y Las Tarascas de Madrid, pasó fugazmente, ya porque sin consideraciones de ninguna especie se lanzó á combatir personalidades, ya mayormente porque, con la influencia francesa del siglo XVIII, fueron heridas de muerte las costumbres verdaderamente españolas.

Desde este momento España cae como rendida del trabajo intelectual que la encumbrara al apogeo de su gloria, para que historiadores como Ticknor confiesen hoy que en poco más de un siglo que duró entre nosotros la afición á las novelas, el ingenio español produjo tantas como el italiano en cuatro y medio que en Italia fué cultivado aquel género.

Pero sonó nuestra hora fatal.

Y, mientras el sol de la civilización se lanzó á iluminar otros horizontes, nosotros fuimos de día en día sumiéndonos más y más en los antros de la miseria y la ignorancia. Y al espíritu creador substituyó el espíritu servil de imitación extranjera.

Y sobre España se levantó Francia.

VI.

VERDADES AMARGAS.

Pero ¿cómo es posible que la salud dé de sí la agonía, que la robustez dé de sí la raquitis, que la luz dé de sí las tinieblas?

¡Ah! La muerte de nuestra novela, como de nuestra literatura en general, como de nuestra política, como de nuestra importancia social en el mundo, estaba iniciada de muy antiguo, no desde Felipe II, desde Carlos V, desde los Reyes Isabel y Fernando. Conviene decirlo de una vez. Muchas de nuestras glorias son glorias de relumbron, de brillo ilusorio, falso, cual el del fósforo que resplandece en la oscuridad para extinguirse ante la luz.

Y esa luz debe derramarla hoy la crítica moderna para que nos sirva de guía en lo futuro.

Los Reyes Católicos terminan en Granada la epopeya comenzada ocho siglos hacía; realizan el pensamiento de nuestra unidad política; impulsan á Colon al descubrimiento de América; inauguran las conquistas de África; y gracias al Gran Capitán, al vencedor de Ceriñola, arrojan de Italia á los Franceses para unir á sus dominios el reino de Nápoles, como lo estaba ya Sicilia; pero crean el Tribunal de la Inquisición, la serpiente de la inteligencia, la negación completa del progreso.

Cárlos V tiene la suerte de contar entre sus insignes caudillos á Hernan Cortés, Almagro y Pizarro, que agregan tres nuevas joyas á su diadema, Méjico, Chile y el Perú; emperador de un pueblo que dá de sí á los héroes de las Navas, de Esquirós, de Pavía, de Muhlberg y de Túnez, oye su nombre repetido por la victoria en África é Italia, en Alemania, Francia y los Países-Bajos, por doquiera, para fundar un imperio superior al de Cárlo-Magno; mas al propio tiempo que comienza á considerar á América únicamente como una rica mina, que da de sí preciosos metales, levanta en los campos de Villalar un patíbulo á la libertad, sin cuya benéfica égida el encumbramiento de las naciones es ilusorio, momentáneo, y el esplendor de una literatura transitorio y efímero. Y viene Felipe II; y aunque con la espada de Juan de Austria destruye por siempre en Lepanto el poder marítimo de los Turcos, y con la del duque de Alba reduce á su obediencia el Portugal, como no reconoce otra musa que la ambicion, ni otro númen que el despotismo, subleva á los Moriscos de las Alpujarras; borra con la sangre de Lanuza los fueros de Aragon; se empeña en las costosas guerras de Flándes, por atender á las cuales pierde á Trípoli, Túnez y Bujía dejando abandonadas las Américas al mercantilismo de los Ingleses; fomenta el espíritu militar, aventurero, enemigo del trabajo y de la industria; acrecienta el número de los establecimientos religiosos, donde se vive la vida de la holganza; ahoga en Toledo la voz de nuestras Cortes; y cuando la Providencia le llama ante su tribunal inapelable, deja en pos de sí un pueblo, cuyas virtudes ha corrompido, cuya fé ha emponzoñado con el virus de la supersticion, cuyo carácter ha enervado con el látigo del despotismo.

Y le sigue Felipe III, aunque buen padre de familia, político indigno por la nulidad de su talento de colocarse al frente de un Estado, cuya poblacion y recursos han agotado las guerras sostenidas en el extranjero por su padre Felipe II y su abuelo Cárlos de Gante; débil monarca que, juguete de los caprichos de sus privados, continúa creyendo que la prosperidad de España se halla encerrada en las minas de allende el Atlántico; imbecil fanático que favorece la influencia de los jesuitas y arroja lejos de sí la única y verdadera riqueza que nos quedaba en agricultura é industria, los moriscos.

Y le sucede Felipe IV, dado á los placeres del amor mayormente que á los sinsabores de la administración pública; y el Rey Poeta, entregado como su padre en brazos del favoritismo, pasa alegremente las horas en la corte del Buen Retiro, ora galanteando á las damas, ora aplaudiendo los autos de Calderon, mientras que los Españoles somos humillados en Italia en la Valtelina y en Flándes en Rocroy, miéntras Cataluña se constituye en república independiente, Portugal coloca sobre su trono á Juan IV, Nápoles se insurrecciona á la voz del pescador Masaniello y Francia nos arrebatata en el tratado de los Pirineos, complemento del de Westfalia, el cetro con que desde el imperio de Cárlos V habiamos gobernado á Europa y regido los destinos del mundo.

Y aparece Cárlos II, bajo la tutela de su madre Mariana de Austria, que inaugura, puede decirse, su regencia con el ignominioso decreto de 22 de Setiembre de 1665, por el cual manda se cierren los teatros hasta que el Príncipe, su hijo, tenga edad bastante para asistir á ellos. Y no prohíbe la lectura de toda clase de libros, porque no era menester tanto: que habiamos llegado á tal extremo, que obras como la Historia de la Conquista de Méjicode Solís, último autor célebre de aquel siglo, apenas pudo hallar dos ó tres centenares de lectores.

De este modo nuestra decadencia llega á su colmo; y los destinos se venden en subasta; y la nacion se encuentra sin un sólo navío, sin un general, ni un sábio, ni un politico, ni un poeta, ni un novelista.

Vano es dirigir la vista en torno nuestro, porque ya ni siquiera brillan espadas como las de Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Juan de Austria, el duque de Alba, el marques de Santa Cruz, Alejandro Farnesio ó Espínola; ni escriben plumas como la de Cervántes; ni

suenan liras como las de Lope ó Calderon. España es un inmenso sepulcro, donde únicamente se escuchan los conjuros de un fraile, del capuchino alemán Mauro Tenda, y los ayes de un rey, del estúpido Carlos II.

La literatura, que en el reinado anterior habíase acogido en su huida al teatro para brillar en él con mayor esplendor que nunca, apenas presenta un corto número de escritores, casi todos insignificantes, dignos de un público sin vigor, sin ilusiones, ni entusiasmo, sin ese entusiasmo nacional, indispensable para que las letras, las ciencias y las artes se desarrollen y florezcan.

¿Ni cómo había de existir otro público, cuando las extravagancias de los secuaces de Góngora habían concluido por corromperle y estragarle, cual hoy le están por opuesta senda estragando los escritores galo-bufos?

Tal era al espirar el siglo XVII el espectáculo que presentaba nuestra infeliz patria, en cuya corte Austria y Francia se disputaban á guisa de hienas el cetro español, á la vez que los diplomáticos de La-Haya se repartían nuestro suelo, cual si se tratara de un país por conquistar, de las montañas del Riff ó de alguna de las vírgenes sabanas de América.

¡Oh! Al recordar los desaciertos pasados no era de extrañar lo sucedido.

Habiendo regido tantos años el fanatismo en religion, el despotismo en política, la ambicion por inspiradora de una y otra y la Inquisición como la esfinge del mal, que todo lo presidia; nada más lógico que España cayera, de la manera que cayó, desde el cielo de su poder al abismo de su impotencia.

De un alcázar, construido defectuosamente por su base, tan sólo es de esperar su ruina; de una nacion, que lleva en sus entrañas el veneno del oscurantismo, tan sólo es de esperar su muerte.

VII.

PARÉNTESIS.

La novela es la epopeya del pueblo, y en tal concepto el espejo donde debe de reflejarse la prosperidad ó decadencia de una sociedad determinada.

Ahora bien: muerta nuestra entidad social, ¿cómo no había de morir también nuestra novela?

Y lo extraño fué que ésta llegára al apogeo de su esplendor, cuando en caso debiera de haber comenzado á manifestarse únicamente.

¿Cómo, sin embargo, nuestro siglo de oro en literatura coincide con el que pudiéramos llamar siglo de oropel en política?

Acontecimiento es este explicable tan sólo como se explica la aparición de Homero ó de Demóstenes, de Hipócrates ó Apéles, precisamente en los primeros días de la civilización europea; como se explica el nacimiento de la gran escuela literaria de nuestros vecinos del Sena en el despótico reinado de Luis XIV, precursor del inmoral de Luis XV y del revolucionario de Luis XVI.

Las costumbres de la nacion francesa, á la vez que sus modas y literatura, fueron importadas á España con Felipe de Anjou, V de aquel nombre en la lista de nuestros reyes.

El cual, y posteriormente su hijo el pacífico Fernando VI, rodeados de hombres como Patino, Lacuadra, Ensenada y Campillo, se dedicaron á porfía á mirar por el renacimiento de España.

Y, dictando órdenes encaminadas á mejorar la situación de los teatros, instituyendo colegios, universidades y academias, reformando la Hacienda con arreglo á los principios de una economía bien entendida, y creando una marina respetable, de la que

carecíamos por completo en el reinado de Cárlos II; comenzamos á volver de nuestra agonía, recobramos á Oran, tornamos á adquirir parte de nuestra antigua influencia en Italia, defendimos á Ceuta y conservamos valerosamente nuestras posesiones americanas contra el poder de los Ingleses.

A pesar de todo, en esta época —desde 1713 á 1759— las letras españolas continuaron en la situación más lastimosa.

La novela ni siquiera dió señales de vida.

Y en cuanto al teatro, baste decir que únicamente ofreció la ópera italiana, introducida por el célebre Ganasa, vaudevilles ó zarzuelas importadas de allende el Pirineo, ó mamarrachos que, pretendiendo evocar á la vez el recuerdo de nuestros antiguos dramáticos y el de los de la corte de Luis XIV, fueron la vergüenza de unos y otros.

VIII.

DEL "FRAY GERUNDIO" DE CAMPAZAS.

En 1759 quiso Dios enviarnos un rey aceptable en la persona de Cárlos III, hermano de Fernando VI.

Y aquel príncipe, con la ayuda de hombres como Aranda, Floridablanca y Campomanes, aunque construyó la plaza de toros de Madrid, expulsó á los jesuítas, favoreció el progreso de las artes, de las ciencias exactas, físicas y naturales, de los estudios económicos y políticos, de la legislación, de la marina, de la agricultura y de la industria; acrecentándose de este modo nuestra preponderancia en Europa y renaciendo por completo nuestro carácter.

Bien pronto, á la vez que volvían por los fueros del teatro español el asturiano Gaspar de Jovellanos con su drama El Delincuente honrado (1770) y el extremeño García de la Huerta con su tragedia Raquel (1778), en la cual presentía ya la revolución que en 1830 habia de inaugurar Víctor Hugo con el Hernani, tornó á aparecer la novela con el Fray Gerundio de Campazas.

Su autor, el jesuíta José Francisco de Isla, juzgó conveniente —atendido el estado sacerdotal á que pertenecía— ocultar su verdadero nombre bajo el seudónimo de Francisco Lobon de Salazar, máxime cuando se cifraba su intento en combatir los defectos de las universidades y en desacreditar, como lo consiguió, á los malos predicadores, verdaderos caballeros andantes de la época.

El Fray Gerundio, inspirado en el modelo inmortal de Cervantes, y cuyo segundo y último tomo hubo de publicarse en Inglaterra, en 1772, efecto de la intolerancia de la Inquisición, puede pasar por un libro escrito con ingenio, con no poca erudición y gracia, y en estilo correcto y elegante; pero como obra dramática se cae de las manos. Su horizonte es excesivamente reducido; su objeto mayormente teológico que poético; y el carácter de su protagonista, hablador sempiterno, iracundo y pedante, por extremo monótono y cansado.

No obstante, habíase dejado oír una voz en el campo de la novela española, y de esperar era que nuestros ingenios se esforzaran por responder al llamamiento.

IX.

CONATOS DE RENACIMIENTO.

Y así fué.

El estampido de los cañones de Napoleón despertó en 1808 de su sueño al pueblo ibero, cuando entre un padre débil y un hijo indigno precipitábase España hácia su ruina.

Y la libertad, la musa del arte, la estrella del progreso, halló cantores como Quintana y el sacerdote Nicasio Gallego, que la ofrecieran los raudales de su inspiración con todo el entusiasmo de su alma.

Y, tras una noche de tres siglos, el sol que se hundiera en el ocaso de Villalar, resplandeció por fin en el oriente de Cádiz.

Desde aquella época, desde la de 1820, y en particular desde 1834, comenzó el pueblo á mostrar cada vez mayores deseos de instruirse y á clamar por su lectura nacional favorita.

Pero como en la España de entonces apenas existía un solo autor que escribiera novelas, hubo necesidad —para satisfacer la ansiedad del público— de pedir las al extranjero, especialmente á Francia, cuyos novelistas no tardaron en adquirir envidiable celebridad entre nosotros.

En dicho primer tercio del siglo fueron publicándose sucesivamente, como modernos ensayos españoles en el género histórico, Doña Isabel de Solís de Martínez de la Rosa, El Doncel de Don Enrique el Doliente de Larra, padre, Sancho Saldaña de Espronceda, Ni rey ni Roque de Escosura, Guatimocin de Gertrudis Avellaneda y otras varias novelas dignas de alabanza, ya que no por su mérito sobresaliente, por el móvil que impulsó á sus autores á escribirlas.

Émulos de ellos, con idéntica tendencia algunos, aunque por el interés del lucro los más, se lanzaron después no pocos al palenque, en particular desde mediados del siglo, consiguiendo contrarrestar y aun vencer la por todos conceptos perniciosa influencia de los escritores traspirenaicos.

No pretenderemos juzgar las obras de estos compatriotas nuestros, algunas aunque en escasísimo número muy notables, ni siquiera estamparemos aquí sus nombres, concretándonos sólo á exponer que ni siempre el mérito acompañó á la fecundidad, ni la popularidad estuvo siempre hermanada con la gloria.

Quédese aquel trabajo para los venideros, para la posteridad, cuyos fallos son inapelables.

X.

SEAMOS ESPAÑOLES.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la historia de la novela española.

Para levantarla de la postración en que yace, mejor dicho, para crearla de nuevo, digna de su pasado y del porvenir, cuyos problemas tanto preocupan á los hijos de este siglo; sólo son necesarias dignidad por parte de los escritores, sensatez por parte del público. Hoy todo el mundo quiere meterse á autor; el que no á novelista á poeta, el que no á poeta á filósofo, el que no á filósofo á político y el que no á político á novelista; siendo lo peor que de tal gente, el que no carece de instrucción carece de inventiva, el que no peca de charlatán de galiparla, peca de purista ramplón y trasnochado, excediéndose ambos á dos á sí propios en lo de morder á diestro y siniestro, á guisa de hidrófobos ó víboras.

La carrera de las letras es de suyo espinosa y difícil. Enemiga de las medianías, quiere para sí talentos privilegiados, hombres con la fé de un mártir, con el entusiasmo de un apóstol; y de aquí el que de mil llamados quizá no lleguen á dos los escogidos.

Por otra parte, siendo la novela la enciclopedia del siglo, el que aspire á brillar hoy debidamente en ella necesita, demás de una rica imaginación regulada por el freno del

raciocinio, de profundos y vastos conocimientos en todos los ramos del saber y en particular en el de la lengua en que escriba.

Obras dadas á luz sin pureza, sin corrección, ni galanura, viven la vida de las flores, la vida de la popularidad, transitoria como el arrebató de la pasión, como el trasportamiento del delirio, para morir después sin dejar tras de sí huella alguna.

Escudados en el recuerdo del Amadis de Gaula, que llenó el mundo con su nombre, en el de El Conde Lucanor que inauguró los cuentos ó novelas de cortas dimensiones, en el de la Diana enamorada que alcanzó eclipsar á su modelo, en el del Lazarillo de Tórmes y las Guerras civiles de Granada, que crearon los géneros satírico é histórico, en el de El Criticón que hermanó la crítica á la fantasía, en el de Las Soledades de Aurelia que presentó el primer ejemplo de la novela religiosa, y en el del inimitado é inimitable D. Quijote, obras todas escritas años y aun siglos ántes de que aparecieran en Francia Madama Lafayette, Fenelon y Voltaire, en Inglaterra Sidney, Ana Radcliffe y Richardson, en Escocia Walter y Hoffman en Alemania; escudados, digo, en semejantes recuerdos, debemos de acometerla empresa de abrir nuevo horizonte á la novela española, fundando una escuela digna de nuestros antepasados, basada en la libertad sin utopias y en el Cristianismo sin preocupaciones, cuyo guía sea el bien de la patria, cuyo númen el progreso, cuya tendencia echar por tierra, entre otras cosas por el estilo, esa otra escuela que, nacida en la Sodoma de Europa, en París, para probarla injusticia conque á sí propia se ha bautizado con el sobrenombre de social, se burla de Dios y la virtud, disculpa el robo y el asesinato, santifica la prostitucion y el adulterio, y, como complemento de sus teorías, poetiza y ensalza el suicidio.

El fin de toda literatura, y en particular de la novela, espejo fiel de la política de las naciones, debe de ser el progreso verdadero, no el falso; y los Españoles continuaremos desacertados mientras imitemos á los obreros de la moderna Babilonia en lo que jamas debimos imitarles, no en su afecto á la instruccion y al trabajo, si en su inmoralidad y desvaríos.

Tiempo es ya de que nos decidamos resueltamente.

O pasémonos con armas y bagajes á los franceses, maldiciendo de la fatal estrella que iluminó por primera vez nuestra cuna, ó seamos en la novela, en el teatro, en todo, dignamente españoles, cual corresponde á nuestra historia, como desde el mundo que pasó nos lo están clamando nuestros padres, como desde el mundo de lo porvenir nos lo exigirán nuestros hijos.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

